

LOS NUEVOS RICOS⁹⁰

Creo haber demostrado en el artículo anterior que nuestras clases directoras estuvieron muy lejos de cumplir con su deber en el pasado.

¿Han cumplido y están cumpliendo con sus obligaciones en la actualidad? Todos sabemos que no.

Hay seguramente nobles y ejemplares casos de excepción. Existen a no dudarlo, empresarios y capitalistas plenos del sentido de humanidad, que de corazón se interesan por el mejoramiento de sus trabajadores, a los cuales no sólo favorecen proporcionándoles buenos salarios, atendiéndolos eficazmente en sus enfermedades y velando por la salud y por la vida higiénica y decorosa de sus familias, sino que también acuden a sus necesidades de orden moral proporcionándoles facilidades para instruirse y medios honestos de diversión y de recreo que los aparten de costumbres o hábitos viciosos. Hay también ricos que fundan asilos, escuelas, hospitales u hospicios, o contribuyen en forma generosa para su sostenimiento.

Pero frente a esos casos de excepción, ¿cuál es, en términos generales, la conducta de los jefes de industria y de los hombres pudientes?

Egoísmo, sed de placeres y exagerado afán de lucro, es lo que caracteriza, en general, dicha acción. Ningún interés efectivo por los trabajadores, ningún esfuerzo para mejorar en verdad la condición de éstos.

¿Qué hicieron y siguen haciendo nuestros ricos, los nuevos magnates, los políticos y los especuladores que a la sombra de la guerra y del favor oficial acumularon inmensas fortunas y recogieron beneficios fantásticos?

En vez de contribuir a la fundación de obras de beneficencia o asistencia social, de establecer patronatos, de proporcionar a sus obreros mejores condiciones de vida (habitaciones baratas e higiénicas, centros de esparcimiento y de recreo, posibilidades de economizar y de cultivar su sentido moral y su intelecto); esos grandes favorecidos por la fortuna se han dedicado —y eso lo hemos visto— a escandalosas ostentaciones de lujo y

90 *El Universal*, 2 de julio de 1947.

de opulencia, al derroche de sumas cuantiosísimas en mesas de juego, CABARETS y RESTAURANTS, a la construcción de suntuosos edificios, verdaderas mansiones principescas, que constituyen otros tantos ultrajes a la general miseria.

¡Y vaya si han sido cuantiosas las ganancias obtenidas!

Se habla de empresas mercantiles que han realizado beneficios a razón de mil por ciento al año, en el no breve período de la guerra, y de fábricas que obtuvieron en un año utilidades mayores que el monto del capital social. Esto último, lo asegura el licenciado don Luis Garrido en artículo que “El Universal” recientemente publicara.

La voz de la calle alude también a negociaciones dedicadas al ramo de ciertos productos alimenticios que, durante algún tiempo estuvieron ganando alrededor de treinta mil pesos diarios —¡utilidad neta, cubiertos todos los gastos!

A la sombra de los magníficos negocios realizados durante la guerra, el número de millonarios existentes en todo el país ha llegado a ser de varios millares, ¿y qué hicieron qué han hecho ellos con esos millones tan fácil y cómodamente obtenidos? ¿Dónde están las obras de utilidad social, de mejoramiento colectivo o de amparo y apoyo a sus trabajadores, que hayan esos grandes señores emprendido o siquiera intentado?

Lo único que a esos nuevos ricos ha preocupado, es aumentar sin escrúpulo alguno sus ganancias, disminuir sus costos de producción, aunque ello se traduzca en detrimento de la justa remuneración de sus operarios; usufructuar a todo su sabor la situación de privilegio o de monopolio obtenida al amparo de la protección oficial, y realizar la venta de los productos de sus empresas o de los efectos ilícitamente acaparados, a precios cuya elevación nada justifica; sin importarles que ello sea a costa de la explotación y de la miseria de la población consumidora.

De nada ha servido la experiencia de otros países, en que abusos y excesos análogos han producido la aparición y el auge del comunismo; de nada han servido las exhortaciones de la clase sacerdotal en el sentido de que refrenen su codicia. Nuestros ricos y nuestros voraces políticos y hombres de negocios permanecen ciegos y sordos; no atienden a los dictados de la humanidad, no son capaces de percibir hasta dónde los conducirá su desenfreno. El ansia de lucro ilimitado les produce vértigo y no les deja oír las voces de amonestación que señalan el peligro y anuncian lo que pueden convertirse en catástrofe. Porque si hay algo evidente, es que un pueblo con hambre, es capaz de todo, y en los días que corren, el hambre la están

produciendo los monopolios, el mercado negro y la escandalosa elevación de los precios.

De nada sirve que un artículo cualquiera abunde: su precio sigue siendo el mismo. ¿Qué sucederá, por lo tanto, con los artículos que escasean?

Ínútiles han sido hasta ahora cuantos esfuerzos ha hecho la administración pública para determinar la baja de los precios. La codicia y la avidez de los comerciantes, grandes y pequeños, se muestran irreductibles. Ni las amenazas, ni las multas, ni los decretos, ni la reglamentación bastan. Han transcurrido quince o más años desde que se inició ese encarecimiento de la vida que ha llegado ya hacerse insoportable, ¿Y que cosa eficaz y seria han hecho nuestros gobernantes para detener o destruir la inflación? Sólo han sabido amontonar errores sobre errores, ponerse en ridículo con medidas absurdas o contraproducentes y crear instituciones con el malhadado Banco de Crédito Ejidal o las famosas Reguladoras y Distribuidoras que sólo han servido para crear monopolios oficiales, destruir toda posibilidad de competencia y llevar la crisis alimenticia a un extremo que causa pavor.

Sería pretender engañarse a sí mismo el no admitir, lisa y llanamente, este fracaso rotundo de la acción estatal. No son los reglamentos administrativos, ni son los actos coercitivos —únicos al alcance de los gobiernos— los que pueden, por sí solos refrenar las sed del lucro y desenfreno de la codicia.

Para reprimir y contener esas feas y en todo sentido perniciosas manifestaciones del egoísmo humano hay que hablar a la conciencia, hay que suavizar los sentimientos, hay que reformar las voluntades, hay que hacer seguir en lo más profundo de las almas gérmenes de justicia y de amor a los demás.

¿Y quién es capaz de ese prodigio? únicamente los hombres y las instituciones que mueven los corazones con la fe —con la fe y el temor al más allá—, y pueden transformar, con los recursos de la predicación y del ejemplo, en servidores del Cristo de la misericordia a los que hoy se exhiben como vulgares adoradores de los ídolos de la riqueza y del placer.

Sólo el renacimiento del cristianismo en las almas puede redimir a un mundo convertido en pasto de todos los apetitos y en escenario para la libre exhibición de todas las concupiscencias.

El Estado, que aquí como en todas partes, se ha mostrado impotente para reprimir si quiera el alcoholismo y la prostitución ¿qué podrá hacer para combatir algo mucho más difícil de extirpar, como lo es la indiferencia de los ricos, el glacial egoísmo de los mimados de la fortuna, de esos hombres satisfechos de sí propios, cerrados contra el dolor ajeno y enamorados

sempiternos de la vanidad, de la ostentación, del poderío, de las riquezas deslumbradoras y enervantes?

Para realizar esa reforma del hombre interior, cien veces más difícil que todas las reformas sociales y políticas, se necesita desarrollar un esfuerzo sobrehumano, que excede con mucho a la acción superficial y efímera de los hombres de gobierno. Se necesita para ello una generación de apóstoles que iluminados por la fe y sostenidos por la caridad, realicen una acción intensa y profunda de reforma individual y social de índole y contenido evangélicos, y en la que participen en cada país y en cada región, muchos millares de creyentes.

Para el conocimiento de los detalles, de los objetivos concretos y de los procedimientos y métodos prácticos que conduzcan al éxito, no encuentro nada mejor que remitir a los que simpatizan con este apostolado, a la obra por mi tantas veces citada, “Miseria de México”, del Presbítero Pedro Velázquez H., modelo en su género y difícil de superar por su contenido abundante en sugerencias para una acción inmediata y fructífera. A ideales levantados y nobles se aduna allí un vigoroso realismo.